

bendecirlo por el amor. Lo que más cautivó el corazón de Engracia, fué la dulzura con que Millán trató á su chico. Acaso el tierno afecto de la madre no fué sino el premio espontáneo de las caricias que el niño recibía.

De todo esto no tuvo Pepe conocimiento hasta mucho tiempo después, y Pateta tampoco lo sabía cuando habló con Paz: de suerte que ésta lo ignoró por completo.



## XVIII

Doña Manuela iba entre tanto sometién- dose mansamente á la influencia de Tirso: su carácter débil aceptó la inclinación que éste quiso darle, como hubiera tolerado cualquie- ra otra.

Nadie hasta entonces la dijo lo que su pensa- miento había de acoger ó rechazar, y fué in- diferente en religión por serlo los que la ro- deaban, que á ser fanáticos en cualquier sen- tido, fuéralo ella también. Tirso acertó antes que otro á encauzar su docilidad, y la buena mujer no ofreció resistencia, porque no hubo lucha en su espíritu ni asomo de contradicción entre las creencias propias y los consejos que escuchaba: el hijo cura no tuvo que desa-

rraigar otra planta para sembrar en aquella tierra virgen; bastó que dejase caer la semilla: doña Manuela empezó á manifestarse devota con esa religiosidad externa que se ciñe á fórmulas preconcebidas y rezos como estereotipados para que las generaciones lo repitan inconscientemente. La extraña poesía de la religión, compuesta de misterios ininteligibles, esperanzas mal definidas y amenazas tremendas, la sedujo con el encuentro de lo extraordinario y, rechazando instintivamente las abstracciones, que tampoco Tirso hubiera podido explicarla, acogió de buen grado lo que hiere la imaginación. No entendió nada de la perfección humana en el seno de Dios, ni del vino que engendra vírgenes, ni del divorcio de la carne y el espíritu, ni del himeneo místico del alma y del Señor; pero, en cambio, la epopeya de la Pasión, narrada día por día, detalle por detalle, como vista de cerca, la impresionó mucho. Los suplicios de los primeros mártires, la mansedumbre de las vírgenes, la magia de los milagros, ejercieron en ella influjo análogo al que produce en cabezas infantiles la relación de cuentos maravillosos, y la admiración por todo esto engendradora sirvió para aumen-

tar sus devociones, que cumplía con mayor facilidad según iba descifrando algo de lo que significaban. La misa, que en un principio juzgó ceremonia cansada y larga, fué pronto para ella representación de lo que sufrió el hijo de Dios, que por nuestras culpas se dió, y sigue dándose en cuerpo y sangre como precio de la redención humana; las letanías, antes enojosas, sartas de frases que no entendía, adquirieron carácter de plegarias gratas á sus labios, dulces al oído de aquellos á quienes iban dirigidas; el rosario, que consideró retahila de inútiles repeticiones, acabó por aparecerle saludo de palabras augustas, recuerdo de las mayores penas y dichas que sufrió la Madre del Salvador del mundo. La interpretación de ciertos simbolismos y la sorpresa de ver explicadas cosas que antes no comprendiera, derramaron en su alma una satisfacción tranquila, un goce exento de egoismo, pero que llegaba á producirle cierta excitación, haciéndola experimentar aquella complacencia propia de los cerebros débiles que, al descubrir algo nuevo para ellos, piensan haber hallado lo verdaderamente extraordinario. Las vidas de los santos, sus martirios y milagros, que Tirso solía

leerla en el *Año Cristiano*, traducido del P. Croisset, eran para su imaginación como novelas de interés grandísimo, y la relación de aquellos gloriosos dolores y glorificaciones se le antojaban impregnadas de encantadora poesía. Si en la existencia de los que corrieron al martirio había algo ridículo ó absurdo, ella no lo notaba, dispuesta y preparada por Tirso á percibir sólo el aroma de las virtudes que aquellas narraciones exhalaban. El beato Bernardo de Corleón, que bebía agua de fregar; Santa Seniorina, que imponía silencio á las ranas; Santiago el Menor, que á fuerza de hincarse de rodillas crió en ellas callos como los camellos; San Toribio Mogrobejo, que nadaba entre caimanes como quien se baña con amigos; Santa Catalina de Sena, que una vez pasó desde el principio de Cuaresma á la Ascensión, sin más alimento que la comunión; Santa Inés de Montepoliciano, que viendo imágenes de Cristo brincaba en la cama de alegría; y la beata María Ana de Jesús, que dormía desnuda sobre manojos de zarzas y cambrones, eran figuras que desaparecían ante otras aureoladas de admirable grandeza; vírgenes con los pechos cortados á cercén, de cellas que desafiaban á los

pretos romanos, niños cruelmente perseguidos y hombres que, ofreciendo á Dios el espíritu, entregaban la materia al dolor, como amada que se rinde á su amante.

La piedad de doña Manuela fué manifestándose por diversos síntomas. Comenzó á frecuentar asiduamente la iglesia, y se cuidó poco de ocultar á su marido y á su hijo menor la transformación que en ella se operaba. Una noche, como Pepe llegase á casa más temprano de lo acostumbrado, entró, abriendo cautelosamente con su llave, por no despertar á los que reposaran y, oyendo rumor de voces apagadas, se detuvo á escuchar en el pasillo: halló entornada la puerta del comedor, y miró. Doña Manuela y Leocadia, terminado ya el rosario, estaban haciendo *acto de expiación* por las culpas propias y ajenas.

Tirso decía las frases expiatorias y ellas contestaban á una.

—Por mis pecados, por los de mis padres, hermanos y amigos; por los del mundo entero, perdón, Señor.—y ellas repetían:

—Perdón, Señor.

—Por las blasfemias, por la profanación de los días santos, perdón, Señor....

—Perdón, Señor.

—Por las desobediencias á la Santa Iglesia, por la violación del ayuno.

—Perdón, Señor.

—Por los crímenes de los esposos, por las negligencias de los padres, por las faltas de los hijos.

—Perdón, Señor.

—Por los atentados contra el Romano Pontífice.

—Perdón, Señor.

—Por las persecuciones levantadas contra los obispos, sacerdotes, religiosos y sagradas vírgenes.

—Perdón, Señor.

—Por los insultos hechos á vuestras imágenes, la profanación de los templos, el escarnio de los sacramentos y los ultrajes al augusto Tabernáculo

—Perdón, Señor.

—Por los crímenes de la prensa impía y blasfema, por las horrendas maquinaciones de temblorosas sectas.

—Perdón, Señor.

—Basta por esta noche—dijo Tirso levantándose.—Mañana le el rosario y *paráfrasis* de un mandamiento.

—¡Llevamos cinco, verdad —preguntó Leocadia.

—Sí: mañana toca el sexto.

Entráronse en seguida ellas, cada cual en su cuarto, y Tirso se quedó leyendo en el breviario. Pepe aguardó á que se recogieran las mujeres y luego volvió al comedor, resuelto á tener una explicación con su hermano.

La lámpara casi agonizante, parecía negar su luz á aquella escena: Tirso, no esperando tan pronto el ataque, tuvo un instante de flaqueza y, levantándose del asiento, quiso refugiarse en su cuarto: Pepe extendiendo hacia él la mano, le hizo señal de que esperase. La escasa claridad, reflejándose en los cristales del aparador y de los cuadros, dejaba en sombra los ángulos de la habitación; tras los visillos rojos de la puerta del gabinete dormían los padres y, al fondo del pasillo, estaba el cuarto de Leocadia: en torno de ambos hermanos todo era sombra y silencio. Sobre el hule que cubría la camilla estaba el rosario de Tirso y un librito de lecturas devotas, con las tapas abarquilladas y mugrientas.

Hablémos bajo—comenzó diciendo Pepe.

Y el diálogo prosiguió en frases morte-

cinas, cobrando, en cambio, los rostros toda la energía que faltaba á la expresión de las palabras.

Después continuó:

— Al entrar he oído, sin querer, que estáis rezando: en eso no me meto, aunque á mamá, sobre todo, más valiera que la dejases acostarse á su hora. Lo que quiero rogarte es que mañana no expliques á Leocadia mandamiento ninguno, y mucho menos el sexto.

— ¿Por qué?

— Porque no.

Esa no es razón.

— ¿A qué decirte lo que te has de resistir á entender? Sólo te pido que te abstengas de explicar á Leocadia, como vosotros soléis hacer lo, ideas y conceptos de que no se debe hablar á las muchachas.

— Vamos, ya encontrastes pretexto para contrarrestar la obra de santa perfección que he emprendido.

— Aquí no hacía falta santidad alguna: ¿qué mayor perfección que la tranquilidad y la paz?

— ¿Luego confiesas?....

— No confieso nada: hago una advertencia. A ciertos actos de devoción, tontos pero

inofesivos, no he de oponerme. Ya que me obligas á ello, te lo diré: me parecen simples; lo que no me acomoda, es que señales y repitas á la muchacha esa claridad y desnudez con que algunos de vuestros libros abren los ojos á quien los tiene cerrados, ensuciando la inocencia y despertando ideas torpes en quien jamás las tuvo.

— ¡Cuánta ceguedad! A los enseres de la casa cuidadosamente quitáis el polvo cada día: al alma dejáis que críe podre.

— No me vengas con frases de beato melancólico, ni me obligues á burlas, que calle sólo por consideración á tí. Imita mi prudencia y no motives escenas que nos den á todos que sentir.

— ¡No me provoques! ¿Acaso conoces mis propósitos?

— Faltas á la verdad. No te provoco, pero no te perderé de vista. He seguido paso á paso tus manejos, y nada te he dicho; has comenzado á sorber el seso á mamá, y he callado: ahora te declaro francamente que no consentiré que, por adorar á Dios y sus santos, se olvide el cuidado de mi padre, y que no te dejes hacer á Leo esas repugnantes descripciones del vicio que encienden impureza en quien vive

libre de ella. Háblala del cielo cuanto quieras pero no te obstines en preparar su ánimo á; combatir pecados que no conoce, porque no es cuerdo aplicar remedio donde no hay enfermedad: y, sobre todo, por lo que más quieras en el mundo, no turbes la paz de la casa; no vayas á hacer aquí, en pequeño, el papel de esos curas extraviados que andan moviendo guerra en el campo.

—¡Lo que hacen es perseguir á los enemigos de la religión.

—Sospechaba que simpatizabas con ellos; pero no me acomoda discutir esto ahora. Haz que mamá y Leo canten lentanías, fervorines, gozos, salves, todo el repertorio de la música celestial; que recen hasta repetir maquinalmente lo que les enseñes: sólo te ruego que la devoción no robe amparo ni cariño á mi padre, y que no alecciones á la chica en cosas que ignora.

—¿No ha de huir el peligro?

¿Cómo ha de aprender á evitarlo, si lo presentan á sus ojos con el encanto de lo prohibido por aliciente, con el incentivo de la curiosidad por guía y el aguijón de la edad por cómplice? Desengáñate, Tirso, no es este momento de que intentemos convencernos mú-

tuamente; más no se le debe despertar la malicia á quien, como ella, la tiene adormecida; que sus impulsos no los sofoca luego nadie.

—Combatir contra la carne es virtud.

—Y no tener que combatirla, cosa mejor que la virtud misma.

—¿Está bien! tendré que ver impasible á tu amigo traerla libros detestables, historias de crímenes y amoríos perniciosos, y yo, su propio hermano, no podré oponerme. Está claro; la libertad para el mal, al bien la mordaza. Al menos eres lógico: aplicas á la casa la misma política que defiendes para el país. Luego os indignaréis de que sacerdotes como los que luchan lejos de aquí pretendan aniquilar á la revolución, que vomita blasfemias y engendra delitos.

—¿Traer piedad á las familias! ¿Acaso sabéis lo que es familia! Os basta el amor estéril que profesáis el egoísmo de la beatitud, á la abnegación del cariño; una hora de meditación os parece cosa más santa que un día de trabajo, y el llanto que arranca un sacudimiento histérico os es más grato que las lágrimas vertidas consolando el dolor ajeno.

—Eres más impío de lo que imaginé.

—Y tú más fanático de lo que yo pensa-

ba. Por ganar almas para el cielo, vas á traer la discordia á casa de tus padres. Antes que hijo, eres cura.

--¿No hallas nombre más despreciativo?

Las palabras, contenidas por el temor de despertar á los viejos, sonaban como sofocadas, ahogando la prudencia las entonaciones de la ira. Tirso, á pesar de su carácter impetuoso, sabía contenerse mejor; á Pepe le temblaba la voz en la garganta; aquél, tranquilamente sentado ante la mesa, jugaba con las cuentas del rosario; Pepe sentía afluir á los labios todos los temores que abrigaba su alma. La lámpara, á cada instante menos luminosa, iba quedando vencida por las sombras. Sólo se oía hacia la parte del gabinete el quejido metálico de los rodajes del reloj, y un silencio sepulcral reinaba en el espacio á cada interrupción del diálogo. Diríase que los objetos escuchaban.

--Has vivido siempre apartado de nosotros-- prosiguió Pepe--y no sabes que el amor que une á los tuyos es más fuerte que el delirio de vuestra fé. La solicitud con que nos atendemos, es mayor que el celo que os inflama. No nos convencerás nunca de que las

llagas de Cristo deben dolernos más que las piernas enfermas de mi padre.

--Tu padre morirá, y las sagradas heridas continuarán, por los siglos de los siglos, manando raudales de divina gracia. Y á propósito de padre, yo también quería hablarte de él, porque sé lo que tiene. He conocido un señor que padecía lo mismo: eso es gota.

--Es verdad; pero te advierto que se le esta ocultando por no affigirle: le hemos dicho que es una simple reuma.

--Poco será el alivio que halle, si hay alguno posible.

--Mayor razón para que no se le atribuya inútilmente. Es tarde: ¿quieres algo?

Vaciló Tirso unos instantes, cual jugador que teme aventurar la partida, y después, mirando á su hermano de frente le preguntó:

--¿Crees haber hecho todo lo que debéis á su estado?

--Nada le falta: pagamos un médico acaso superior á nuestros recursos; mamá ó Leo van en persona á la botica; no se escatima receta, por cara que cueste; con la mayor puntualidad se le da cuanto ha de tomar... y lo que vale más, respira una atmósfera de ternura y cariño que echarán de menos muchos.

más afortunados. Ahora tengo esperanzas de poder sacarle á paseo algunas tardes en un simón.

--Es natural; los que sólo creen en las cosas del cuerpo, no acuden á las del alma.

--¿Por qué lo dices?

--Yo pienso traerle un médico mejor que el vuestro.

--¿Quién?-- preguntó Pepe, sospechando la respuesta.

--El Santo Viático.

--Eso le asustaría mucho y no le aliviaría nada; por consiguiente abstente de ello. Bastaría hablarle de esas cosas para que se muriera de terror.

--Cuando lo crea necesario, haré lo que me dicte mi conciencia.

Acercósele entonces Pepe y, poniéndole duramente la mano sobre el hombro, entre cortadas las palabras por una risa que era toda ira, rep

--¡Líbrete Dios de semejante brutalidad! ¿Lo entiendes? No respondería de mí. Papá sufriría una emoción que acaso le costara la vida.... y podría olvidárseme que eres mi hermano.

--Cada cual cumple su deber como lo entiende.

--¿Sí? Pues date por avisado: al Santo Viático, al granuja que lleve el farolón y á tí.... os tiro escaleras abajo.

--¡Lo veremos!

Pepe, sobreponiéndose á su indignación, procuró hablar con calma y, notando la sangre fría de que Tirso alardeaba, quiso mostrar igual serenidad.

--Temía esta escena, pero no quiero esquivarla.... Cuando llegaste á Madrid, y al subir de la estación del ferrocarril entraste en Santa María, permaneciendo allí largo rato, sin la menor prisa de conocer á tus padres, porque conste que no les conocías, adiviné yo cuál sería tu fanatismo; pero no imaginé que sobreviniera esta lucha. Luego, dados tus antecedentes y viéndote vivir oculto en casa como un criminal, tuve sospechas de que habías venido á Madrid para asuntos que no eran tuyos.... Recuérdalo: exceptuada la primera salida que hiciste entre dos luces la misma tarde del día en que llegaste, sólo al cabo de muchos días te atreviste á salir á la calle, después de las dos ó tres visitas de aquel señor que vino á verte, cuando se co-



noce que estaba ya cumplida tu misión. Ya ves que te he seguido paso á paso. He notado tu empeño en no hablar con nosotros de ciertas cosas, porque te repugnan nuestras ideas sobre la política, la guerra y los curules trabucaires; y, por último, he aguantado tus mañas para convertir á mamá y lo que intentas para que riñan Millán y Leo. . . . en fin, te conozco á fondo. Tú, en cambio, no sabes de lo que soy capaz.

—¿De qué?

—Si, lo que no es creíble, papá, espontáneamente, pidiera ciertos auxilios, yo sería el primero en respetar su voluntad. Pero, enténdelo bien; si traes confesor, viático. . . . vamos, cualquier tontería que pueda asustarle y provocar en su enfermedad una crisis peligrosa, te juro, por mi madre y por el amor de la mujer á quien quiero; que no te trataré como á hermano. De tu conducta depende mi prudencia. ¡Hemos concluido!

—Cada cual cumplirá su obligación.

—¡Abur!—Y Pepe, andando de puntillas, se metió en su cuarto.

Quodóse Tirso un rato en el comedor, pensativo é inmóvil: la lámpara, espirante, despidió de pronto dos ó tres chispas de la mecha,

ya seca; el temblor de la luz hizo que en la pared se agitara convulsamente la sombra del cura, y entonces él, buscando casi á tientas la puerta de su alcoba, encendió una bujía y, tras rezar sus oraciones, se acostó; pero tardó mucho en dormirse. La energía de su hermano le había desconcertado por completo: Pepe era más hombre de lo que él imaginó.

A la mañana siguiente Doña Manuela, antes de ir á la compra, según costumbre, fué á dar un beso á Pepe, mientras éste acababa de vestirse para marchar á su trabajo.

—Voy á la compra; adiós, hijo.

—Y á misa, ¿verdad, mamá?

Ella, sonriendo cariñosamente, se limitó á decir:

—¿Que mal hay en ello?

—En eso, nada; pero, oye, mamá. Anoche tuve una agarrada con Tirso: la cosa había de suceder, y llegó. Supongo que te habrá hablado de ciertos proyectos que intenta, relativos á papá; puedes imaginar el efecto que producirían. Contén á mi hermano, imponle cordura, porque estoy dispuesto á todo.

No cumplió Tirso sus amenazas, ni se alteró más por entonces, la tranquilidad de la

casa; pero ambos hermanos comprendieron que aquella calma, violentamente obtenida por la energía de uno y la aparente sumisión de otro, no era paz definitiva, sino una tregua pasajera.



## XIX

"Querido Pepe: Figúrate lo disgustada que estaré: hace cuatro días que no nos vemos, y rabio por reñir contigo. Tonto, tonto ¡pensabas que no había yo de saber averiguar tus penas para compartirlas! El chico te habrá dicho, seguramente, las preguntas que le hice y cómo me contestó. Estoy persuadida de que todo te lo ha contado. No puedes figurarte la gracia que me hizo su desinterés. ¿Me perdonas que soborne á tus *servidores*? Yo, en cambio, no te perdonaré tu falta de franqueza. Haz cuenta que estás á mi lado y que te hablo muy seria: ¡No hemos repetido ambos hasta la saciedad que debíamos sernos leales! Pues no merece perdón que por desconocer mi cariño me hayas ocultado las con-